

LAS HORAS DE FELICIDAD EN LA HISTORIA SON HOJAS VACÍAS

THE HOURS OF HAPPINESS IN HISTORY ARE EMPTY SHEETS

CARLOS DÍAZ HERNÁNDEZ¹

RESUMEN:

La presente, a la vez epidemia (sobre el pueblo) y pandemia (para todo el pueblo) ha desenmascarado a la sociedad, también a la española, poniendo de relieve la enorme potencia de su instinto de conservación animal, y por contrapartida la pobreza de su condición moral. Una vez más, la disimetría entre el arquicéfalo y la racionalidad moral, el individuo contra la especie. Junto con la megacrisis ecológica cósmica, atrapado y amenazado por el yo personal y por la cómica de su propio egocentrismo, este artículo ofrece una visión personalista y comunitaria, es decir, la urgencia de un cambio radical.

PALABRAS CLAVE: Instinto de conservación, racionalidad moral, felicidad hedonista, sufrimiento, esperanza, cambio radical.;

Recibido: 19 de mayo de 2020

Aceptado: 6 de julio de 2020

¹ Filósofo, fundador del Instituto Emmanuel Mounier en España e Iberoamérica.

ABSTRACT:

The present, at the same time epidemic (on the people) and pandemic (for all the people) has unmasked society, also the Spanish, highlighting the enormous power of its instinct for animal conservation, and in return the poverty of their moral condition. Once again, the asymmetry between the archiencephalon and moral rationality, the individual against the species. Along with the cosmic ecological mega-crisis, caught and threatened by the personal self and the comic of its own self-centeredness, this article offers a personalist and communal vision, that is, the urgency of radical change.

KEY WORDS: *Conservation instinct, moral rationality, hedonistic happiness, suffering, hope, radical change.*

I.

Pedante yo como siempre, en la contraportada de las Lecciones sobre la filosofía universal de Hegel tengo escrito: Unterwegs Soria-Logroño, 19/02/1983, fiel también a mi costumbre de leer por tierra, mar y aire, e incluso debajo del agua. Se trata de la obra en que Hegel predice lo que va a pasarle a la humanidad, y no de forma contingente, sino necesariamente. A mí un boludo argentino también me predijo en un viaje de autobús fue el día y la hora de mi muerte, algo que olvidé nada más ver la cara de gilipollas con que me lo pronosticaba.

Si a ustedes les preguntara alguien qué va a pasar con la humanidad, ¿qué le dirían? Jorge Guillermo Federico Hegel fue uno de los pensadores más implacables en lo referente a la historia de las predicciones, y con pasmosa seguridad afirmó que él tenía la clave indeleble de la respuesta: “En la historia caminamos entre las ruinas de lo egregio. ¿Quién no se habrá entregado entre las ruinas de Cartago, Palmira, Persépolis o Roma a consideraciones sobre la

caducidad de los imperios y de los hombres, al duelo por una vida pasada grandiosa y rica?² . “Las horas de felicidad en la historia son hojas vacías. Hay en la historia universal, sin duda, también satisfacción; pero ésta no es lo que se llama felicidad, sino la satisfacción de los fines de los particulares que ellos sitúan por encima de los intereses universales de la humanidad. Los individuos de importancia en la historia universal que han perseguido tales fines han gozado de satisfacciones, sin duda, pero no han querido ser felices, pues su deseo ha sido la realización la finalidad universal de la humanidad. Sin embargo, alcanzado ese fin, semejan cáscaras vacías que caen al suelo; quizá les ha resultado amargo llevarlo a cabo y, en el momento en que lo han conseguido, o han muerto jóvenes, como Alejandro, o han sido asesinados, como César, o deportados como Napoleón. Desde luego, para sí mismos no han logrado ganancia alguna, ni tranquilo gozo. Aquellos grandes hombres parecen seguir sólo su gran pasión, sólo su albedrío, pero lo que quieren es lo universal. Este es su pathos. El hombre que realiza algo grande pone toda su energía en ello. No tiene la mezquindad de querer esto o aquello, no se disipa en tantos y cuantos fines, sino que está entregado verdaderamente a su gran fin³.

Ahora bien, “la gente vulgar, la que cree que es absurdo que se pueda hacer algo sin querer recibir satisfacción en ello, sin los logros finitos y particulares, sin contraprestaciones, se alegra de la falta de felicidad de los grandes personajes, dada su vulgaridad psicológica: ¿Qué maestro de escuela no ha ‘demostrado’ muchas veces ampliamente que Alejandro Magno y Julio César fueron impulsados por tales o cuales pasiones inmorales? De lo cual se sigue en seguida que él, el maestro de escuela, es un hombre

² Hegel, J-W-F: Lecciones sobre la filosofía universal. Alianza Universidad, Madrid, 1975, p. 47.

³ Ibi, p. 47.

excelente, mejor que Alejandro y César, puesto que no posee tales pasiones, y lo prueba no conquistando el Asia, ni venciendo a Darío y a Poro, sino viviendo tranquilo y dejando vivir a los demás. No hay gran hombre para su ayuda de cámara, no porque el grande héroe no sea un héroe, sino porque el ayuda de cámara es un ayuda de cámara. El ayuda de cámara quita las botas al héroe, le ayuda a acostarse, sabe que le gusta el champagne, etc. Para el ayuda de cámara no hay héroes⁴.

Estas cosas las he meditado mucho en mi corazón, antes y después de haber estudiado a Hegel miles de horas. Mis conclusiones, desde entonces, son: a) que los genios de humanidad (por decirlo ahora con Scheler) apenas han existido; b) que los pequeños burgueses aferrados a nuestro micro/éxito no podemos comprender los fines de la humanidad (por decirlo ahora con Husserl), por lo cual los boicoteamos; c) que también carecemos de la congenialidad necesaria para no elevar, por ejemplo, a la condición de genio al camarada Stalin o al primer Pupas o Puposky que ande por ahí dispuesto a salir de la lámpara de Aladino.

Ahora bien, según Hegel el único garante de que el gran genio lo sea de veras es el Espíritu divino, no el mero espíritu del tiempo histórico (*Zeitgeist*). Aceptando por mi parte que el futuro deseable tiene que ver con el altruismo de los genios de humanidad, y que no estaría mal que el Espíritu divino rigiese a esos héroes, lo que me parece es que Hegel se equivoca de espíritu, que no es otro que Marte, el espíritu de la guerra, la negación de la negación de la negación, Polemós, el ejército.

Hace bastantes unos familiares argentinos de Diego Abad de Santillán me regalaron un gran tesoro bibliográfico, una Enciclopedia casi hegeliana en cuatro volúmenes que no sé si algún lector español conoce, cada uno de ellos de casi seiscientas páginas

⁴ *Ibi*, pp. 93 ss.

LAS HORAS DE FELICIDAD EN LA HISTORIA SON HOJAS VACÍAS

de formato gigante (29 por 23 centímetros) y letra demasiado pequeña. En los años sesenta, aquella Historia Argentina significó un acontecimiento editorial de TEA (Tipográfica Editorial Argentina), pero desgraciadamente el noventa por ciento de las páginas de la Historia Argentina es -hegelianamente- la historia de sus guerras. Argentina es la guerra, como cada uno de los pueblos con bandera nacional, la calavera del pirata y la bomba de asalto. Todos contra todos:

En la lengua portuguesa
Al ojo le llaman cri
y aquel que pronuncia así
aquesta lengua profesa.
En la nación holandesa
ollo le llaman al culo,
y así con gran disimulo,
juntando el cri con el ollo,
lo mismo es decir criollo
que decir ojo del culo”.

II.

1. Con o sin Covid tenemos que morir, y esta crisis sanitaria ha demostrado que, si lo sabíamos, no lo creíamos. Siempre se morían ellos, ahora también yo.

2. Nunca antaño se había visto tanto pánico a nada. Cuando hablo de pánico, hablo de una inversión absoluta de la objetividad y de una conturbación de la capacidad afectiva de las masas, que

han perdido el juicio y la perspectiva. El gallinavirus: todos descabezados corriendo los últimos metros antes de morir.

3. Dejando aparte el comportamiento de otros países, en España se ha evidenciado la escasez de recursos intelectuales, ideológicos o religiosos del ciudadano “escolarizado” para afrontar el analfabetismo antropológico y el inmanentismo. Fracaso educativo en toda regla.

4. El coronavirus ha vuelto a poner de relieve la mentalidad preconventional de las personas y de las familias (“para mí, para mí y para mi familia”). La gente se tapa como puede y se embozala según prescripción, pero no va a cambiar de hábitos de vida. Yendo yo caliente, ríase la gente

5. El ansia por pasar de fase en fase hasta la fase final es la playa, el chiringuito, la cerveza, y el regreso al dorado chalet, todo lo que constituye las expectativas hedonistas del burgués y de la burguesía.

6. La piedad necrofílica ha brillado una vez más en las banderas con crespones luctuosos. Es más fácil llorar a los muertos que luchar contra lo que mata y que compartir el dinero con los empobrecidos.

7. También se ha puesto de relieve la incapacidad cognitiva para procesar lo que no sean las costumbres rebañegas, por ejemplo, para afrontar la problemática ecológica que todos miran sin horror, como si ya formara parte del habitual paisaje.

8. El tiempo no cura los virus. Vendrán más virus que matarán más y nos harán más infelices. Por otra parte, muchos te llamarán agorero si les recuerdas que el tiempo no es elástico ni infinito, y que tiene un término, un apocalipsis en el sentido griego del término, y que hay que actuar ayer.

9. ¿Acaso van a poner el cascabel al gato vírico los apoyos económicos de China, USA, Europa? ¿Abandonarán para ello sus luchas armamentísticas, su perversa polución planetaria, su darwinismo social? La incapacidad crítica de las personas les lleva a aplaudir a quienes arrojan primero la bomba y luego las tiritas y la mercromina para sanar las heridas.

10. Los virus son el rostro visible del caos global de la humanidad y del humanitarismo. No hay peor virus que el ser “humano”.

Esta endecha decálogica intempestiva displacerá a quienes juegan en las ligas locales, para los cuales seré de nuevo un supremacista despectivo y un contradictorio performativo, pues ¿cómo puede escribir estas cosas alguien que se dice personalista comunitario? Lo acepto, ya estoy acostumbrado.

III.

Respecto a esto, ayer sin ir más lejos recibí un par de comentarios adversativos en una revista en la que de cuando en cuando escribo una columna, los cuales comentarios manifiestan mucho mejor y más precisamente que yo mismo lo que acabo de expresar respecto a mi crítica al egoísmo convencional durante la pandemia. Dice así el primero:

“Señor Carlos. No me considero cobarde. Y desde muy joven entendí que la muerte es cosa de todos. Creo que todos lo hemos experimentado. Todos hemos sufrido pérdidas de personas desde una demasiado temprana edad, pero nos defendemos como podemos. ¿Eso es cobardía? Eso quizás sea producto de una cultura que evita afrontar a la muerte de cara, por muy diferentes motivos.

Me he protegido todo lo que he podido contra este virus. Quizás porque se lo que es un virus. Pienso seguir protegiéndome.

Es un país libre. Usted puede tener o no miedo a este virus, pero le rogaría que se pudiera mascarilla, no por usted, sino por mí. Por muy valiente que sea usted y no le tenga miedo a la muerte. Trato de no tejérselo, de hecho, si de repente me quitasen las pilas, a lo mejor hasta me las quitaba personalmente. Pero mire usted, que me tengan intubada un mes con respiración asistida o sencillamente morir por asfixia, no me apetece en absoluto. Lo siento, pero si no digo nada me siento como que de alguna manera estoy de acuerdo con todo lo que dice. Y no es el caso. Me ha molestado profundamente algunas de las cosas que con toda impunidad ha dicho. Y no me voy a callar. Se llama supervivencia, no cobardía. Cosa de los seres vivos”.

Estoy perfectamente de acuerdo, señora Carmen: Usted tiene un gran instinto de supervivencia, como todos los animales, como todos los bichos vivientes. Nada más quiere saber del dolor solidario, de la lucha por la mejora común, etc. Y, si lo sabe, es usted perfectamente incapaz de procesar algo más allá de los límites de su muy desarrollado instinto de supervivencia, cosa de los seres vivos. Gentes como usted, doña Carmen, no pueden comprender mi sufrimiento. Aunque estamos en paz: usted no puede defenderse de mis babas si no me pongo la máscara, en eso lleva toda la razón; sin embargo, yo no puedo protegerme de su instinto animal, aunque presuma usted de fidelidad al bozal.

Y, por si no me creen cuando digo que soy multatuli-péponza, pues he aquí el segundo comentario de otra persona, doña Olga, al mismo artículo, quizá con el atenuante de que la señora no cursó el bachillerato: “Las ansiedades hedonistas ¿pertenecen a la denostada burguesía? ¿No serán patrimonio de la Humanidad, como dice la Unesco? Y cuando hablas de los apoyos económicos de Europa y USA ¿Cuáles son? Porque yo he sabido que Cuba, Rusia y China han apoyado a otros países, pero de Europa Occidental y USA no he escuchado nada hasta ahora...”.

A doña Carmen la perdono, a dona Olga la olvido. Y a sufrir, que son dos días.

IV.

Pandemia, lo que afecta a todo el pueblo, pues a los demás animales, en la medida en que no forman pueblo, no puede aplicárseles en puridad lingüística nada similar a pandemia. Sea como fuere, ¿contagiamos los humanos a los animales, o los animales a los humanos?

En el último medio siglo los más viejos del lugar hemos visto el sida, el ébola, el SARS, la H1N1, el MERS y la gripe aviar, que han matado a cientos y cientos de miles de personas, y ello sin contar con las gripes tristes y recidivantes anualmente, aunque me parezca una exageración demasiado sólita que se repite y que mi cuidadosa hija Esther me ha hecho el favor de rectificar documentalmente, pues ella -excelente y escrupulosa profesional-nada publica que no sea comprobado y documentado, antítesis de la escritura amarilla. Esto no empece para que tan sólo la pandemia de gripe de 1918 dejara fuera de la circulación a unos cincuenta millones de personas en todo el mundo. Sin embargo, para el nuevo gladiador, para el ciudadano Trump el virus es chino, y por ello seguramente se le podría parar con una guerra mundial vírica bien provista de escudos nucleares y armas bacterianas, pues quien a saliva muere a cañonazos mata, chinos cochinos. Sólo faltaba a los españoles llamar china a esta nueva gripe, cuando la más nociva de todas ellas fue denominada gripe española.

Y todo eso por no hablar de la crisis criminal ecológica, o de la crisis de plomo que deja el rebufo de las guerras, o de la crisis que el así llamado ser humano fomenta con su pasividad consumista, sus malos humos antropológicos, y su pobre narcisismo.

Pero llegó el comandante Bocazas y mandó parar: “Nadie ha visto jamás algo así, esto lo soluciono yo en un pispás”. Estos supremacistas, conforme al riguroso diagnóstico psiquiátrico, “además de las mentiras, la grandiosidad y la falta de sentimiento de culpa y de empatía habituales, carecen del sentido del transcurso del tiempo y de planificación para el futuro; su incapacidad para aprender de la experiencia pasada es una expresión de la misma incapacidad para concebir su vida más allá del momento inmediato”. No saben vivir de otro modo, ni les interesa. Son legión, y cuando matan miran al emperador que -complaciente- con su dedo pulgar les concede licencia para ensangrentar y rematar mirando a la rugiente marabunta.

Ahora, además, las transmisiones de virus de animales salvajes o domésticos a humanos son de carácter más zoonótico. ¿No amábamos tanto los animales? Pues ahí te quiero ver, mal bicho. Ni siquiera las plagas son unos “igualadores maravillosos”, pues siempre sobreviven los animales más poderosos (Darwin) y no los más cooperadores practicantes de la ayuda mutua (Kropotkin). Es la primacía del arquiencéfalo sobre el neoencéfalo, del cerebro de reptil sobre la inteligencia humana. Los darwinistas sociales siempre tenemos carne humana fresca en nuestros atiborrados frigoríficos, pues nos comemos sus proteínas. La crisis virológica mata a unos, pero sobre todo engorda a otros.

¿Y yo qué? Pues yo bien, ¿y usted? Leo todo tipo de sandeces sobre el futuro, desde la supuesta catarsis moral que seguirá al caos, hasta el apocalipsis global, desde los extracándidos eureka que descubren que hay que pensar la crisis ahora que se tiene tiempo libre y formar gabinetes universitarios anticrisis, sintiéndose así prolongación doméstica de los gabinetes del gobierno, hasta los más pillines que aprovechan la clarita para potenciar sus placeres onanistas después de haber dejado vacías las estanterías de los sexchops, que se han forrado ganancialmente.

A follar, a follar, que el mundo se va a acabar. Vaya fauna erótica, igualita que los monos insaciables, algo por lo demás normal para los nuevos “antropólogos” ya que, siguiendo su docta opinión, entre ellos los monos y nosotros los muy monos no existe discontinuidad alguna. Estaba el orangután comiéndose una banana, el orangután, y la orangutana.

V.

Y, aun reconociendo mi coeficiente de animalidad, “acaso ¿no soy hombre y hermano?” A la vista de las masacres que los negreros de Gran Bretaña -aunque no sólo de ese país- cometían con los africanos, un luchador antiesclavista de apellido Wedgwood pidió a uno de sus artesanos que diseñara un sello para estampar la cera con que lacraba sus paquetes. En él se mostraba a un africano encadenado y de rodillas que alzaba las manos en actitud de súplica, rodeado por las palabras “¿No soy hombre y hermano?”. La imagen, reproducida por todas partes, desde libros y hojas de té hasta cajas de rapé y gemelos, constituyó un éxito instantáneo. Muchos lo compraron lo mismo que hoy se compra chocolate bueno a “precio justo”, una forma baratita y dulce de compromiso contra la injusticia, que hay que ver que mala es...

Pese a todo, nada ha sido capaz de borrar el odio y nada ha logrado impedir que todavía en estos días se asesine a esclavos por parte de la policía misma. Quienes son capaces de asfixiar a negros con la presión de su rodilla sobre la garganta del caído en el suelo no solamente son inhumanos, son muchísimo peores, son una vergüenza para la humanidad de la que ellos no forman parte, y quienes todavía apoyan la represión brutal y defienden esas bestialidades siguen aduciendo que si no asfixiamos a los negros, ellos seguirán robando, asesinando y cometiendo aquellos crímenes

que cualquier otro perpetraría para defenderse legítimamente y para honrar la bandera más bonita del mundo.

No sé si afortunada o desafortunadamente, ni tampoco si con verdadero arrepentimiento o tan sólo estratégicamente pero, en los disturbios raciales que estos días han seguido al crimen policial sobre el hombre negro, hemos visto cómo algunos policías se han arrodillado pidiendo perdón a la multitud enfebrecida que buscaba venganza. En todo caso ese gesto me ha dado que pensar.

El diseño de la medalla de aquel Wedgwood fue el mejor gesto de los primeros abolicionistas del Parlamento inglés. Ahora bien, es posible que aquel africano fuera un hombre y un hermano menor y agradecido, un hermano arrodillado y no rebelde pero, en un tiempo en que los miembros de la clase superior británica no se ponían de rodillas ni siquiera para rezar en la iglesia, la imagen del esclavo como víctima suplicante constituía el reflejo de una cruzada para levantar al oprimido, no para luchar por la igualdad de derechos. En efecto, el Parlamento inglés del siglo XVIII, que pronto se convertiría en el campo de batalla de la cuestión de la esclavitud, servía desde hacía mucho tiempo para dirimir refinados duelos de ingenio entre la nobleza terrateniente, que se complacía discutiendo sobre leyes de caza y otros asuntos similares, hasta el extremo de que un pájaro podía anudar en la peluca del presidente de la Cámara de los Comunes sin que nunca fuera despertado de su sueño, según solía decirse al respecto. Era un club exclusivo que sólo recientemente y muy a regañadientes había comenzado a tolerar que los corresponsales de prensa tomaran notas en sus debates, pues sus miembros no estaban acostumbrados a sentir la presión de la opinión pública.

Así que, según su habitual proceder, aquel infame Parlamento inglés aprobó después de muchas dificultades y resistencias un proyecto de ley relacionado con la esclavitud a partir del momento en que un grupo de parlamentarios visitara un barco negrero en el

Támesis. Pese a todo, al final, un proyecto de ley limitaba el número de esclavos que podía transportar un barco en función de su tonelaje y exigía a todas las naves tener un médico y llevar además un registro de las muertes de esclavos y tripulantes, en función de que “la trata de negros y de negras era justa, pero se había adulterado con ciertos excesos”, aunque los armadores de Liverpool afirmaban que “los barcos negreros más abarrotados eran los más saludables porque el tiempo pasado a bordo durante su transporte desde África a las colonias era la parte más feliz de la vida de un negro”. Ahora bien, de haber sido así, ¿por qué no hacían ellos mismos el viaje entre peligrosas tormentas y temporales, atados con grilletes, en medio de sus vómitos, latigazos, hambrunas, y de las consecuencias derivadas de todo ello, y a continuación, tras experimentar esas extraordinarias pruebas de “felicidad”, tomaban la palabra ante la Cámara? Finalmente, el proyecto de ley terminó siendo aprobado, aunque atenuadísimo por muchas enmiendas y eludido a menudo en la práctica.

Tal vez algunos de los británicos de las clases altas integrantes de aquella corporación podían sentirse impulsados por la piedad, pero es indudable que no podía moverles la pasión de la igualdad. Y esto es algo que solamente los ciegos no ven, aunque ciegos morales los hay a mansalva. Yo mismo lo he comprobado siempre entre los parlamentarios progresistas de salón y entre la membresía de mi propia Iglesia, habiendo tenido que afrontar no pocas tensiones por censurar a las señoras encargadas del ropero y de las ollas para pobres, que sin embargo al mismo tiempo explotaban con salarios de hambre e insufrible paternalismo a sus propias pobres criadas, y ello en cualquier parte del mundo. También hacer la comida a los pobres y darles limosnitas sirve para ganar en autoestima, aunque sea a costa de cegar la parte autocrítica. O sea, la buena mala conciencia, con un pie en el cielo y otro en el infierno.

Tanto clamor de indignación de las almas bellas ante los negros asesinados refleja el corazón duro, la peluca del presidente de la Cámara de los Comunes, donde -recordémoslo- un pájaro podía anudar sin que nunca fuera despertado de su plácido letargo. Estaré equivocado, pero toda indignación sin acción viene a ser una acción indigna, una indigna acción.

Así que no corráis, que es peor. El paternalismo respecto a los angelitos negros cantados por Antonio Machín sigue operativo sentimentalmente, pero junto a eso pervive la negrofobia incluso en el corazón de la propia negritud. Digo esto porque, al salir del Seminario de Madrid para disfrutar ambos de las vacaciones, un seminarista negro de etnia “superior” obligó a que su propio compañero de curso, pero de etnia “inferior” le llevase la pesada maleta, espero que no en nombre de Cristo.

VI.

Salir del coronavirus, entrar en la Agencia de viajes más próxima. Para viajar hoy no hace falta llenar de provisiones y de víveres las naos y embarcarse con rumbo incierto en viajes interminables y llenos de peligros, como Magallanes y otros grandes marinos; ni siquiera llevar más baúles que la Piquer, pues todavía abundan las gentes que no saben salir de casa a no ser cargadas de accesorios como un mulo. Hoy viajar resulta verdaderamente muy fácil, basta tan sólo con ir a una Agencia y recibir un itinerario perfectamente diseñado en todos sus detalles para usted. De tal modo, queda asegurado que le traerán y le llevarán “personalizadamente” (¡!) desparasitado y atadito con el dogal, y ¡que comience la excitante aventura!, todo lo cual prueba que ir más lejos no es ir más allá.

Mi amigo Víctor García, conocido en las filas libertarias como El Marco Polo de la Anarquía, después de la lucha clandestina

contra el régimen de Franco, la fuga del tren que le llevaba a Auschwitz, los campos de concentración y el exilio, decidió recorrer el mundo entero porque ya no le quedaba otro medio de hacer la paz y de hermanar con todos los seres humanos. Aunque no era universitario, ni siquiera pasó de la escuela primaria, aprendió multitud de idiomas por empatía y se hizo uno más entre los extraños, todo eso a veces a pie, otras veces en bicicleta, otras en coche o camión, otras en tren, y otras por avión, pagándose todo con el trabajo de sus hábiles manos en los países por donde iba pasando durante varios años, de todo lo cual ha dejado testimonios en sus mágicos libros editados en los años sesenta. Ni que decir tiene que nunca le hizo ascos a lo que comen las gentes por esos mundos de Dios, y -al menos para mí- constituía una auténtica delicia oírle contar las cosas que hubo de comer para no desairar.

Sin embargo, aquel minoritario turismo no era en el fondo tan distinto del actual en que las masas arrasan con todo parterre que encuentran a su paso, porque donde no hay mata no hay patata, he aquí el relato: “Parece como si el espíritu de observación hubiera involucionado en proporción inversa a la rapidez con que el ser humano se desplaza. Dar la vuelta al mundo no significa haber visto el Mundo. Continuamente las agencias de viaje y turismo organizan cruceros que circunnavegan la Tierra y son miles los turistas que cada año se dejan llevar por estas ciudades flotantes que les permiten con el menor de los esfuerzos alcanzar todos los puertos del mundo. De la misma manera que León Felipe dice que ‘para enterrar un muerto todo el mundo sirve, todo el mundo menos un sepulturero’, igualmente para andar por el mundo sirven todos los humanos que no sean turistas.

Recuerdo diferentes encuentros con turistas, la mayoría de las veces americanos, que me amargaron la jornada. Un tal Morrison y señora, en el barco que me llevaba de Yokohama a Hong Kong, me afirmaron muy enfáticamente que lo más importante de Kyoto fue

el barman japonés del Kyoto Palace por la técnica con que preparaba los cocktails. Kyoto, la ciudad que fuera capital del Japón por mil años, abarrotada de templos y palacios, no provocaba en los Morrison otra asociación de ideas que la de un camarero de hotel. Además, los turistas son la causa de que muchas veces no podamos admirar las bellezas naturales. Muchos turistas son gente ya caduca, viejos de físico y de espíritu que precisan de medios mecánicos y confort a mansalva para llegar a aquellos tesoros que la naturaleza y las generaciones pasadas nos legaran. Debidos a ello hemos de resignarnos a presenciar la silueta moderna de un hotel en medio de las ruinas de Palmira, o la antiestética caja de un ascensor en el castillo medieval de Osaka y, cuando no, un convoy de angarillas cargando el artritisismo, la gota y la obesidad de quienes amargan con sus dolencias ‘civilizadas’ toda la belleza encerrada en la agreste roca de Sigirya o en las puertas de sol de Luxor.

Por lo demás, es impresionante verlos en rebaño siguiendo a un guía que sólo piensa en terminar pronto y limosnear permanentemente. Lanza exclamaciones todas las veces que el guía dice con expresión huera que se trata de one of the most important monuments. La expresión de su rostro cambiará, sus ojos brillarán, y habrá calor en sus palabras cuando hayan regresado a sus lares. Por eso, para recorrer el Mundo es necesario discrepar de los programas turísticos y proceder de acuerdo con el propio temperamento. La mayor satisfacción que siente uno al terminar la jornada, físicamente agotado y deseoso del merecido descanso, es el haber realizado sin la ayuda del guía profesional, ni la compañía disonante y heterogénea que integra la grey turística. Y, por encima de todo esto, el haber podido penetrar en la simpatía de los habitantes, franqueando así esta membranza aislante que en todas partes marca el deslinde de dos mundos: el del turista artificial, frío y superficial, por un lado, y el del hombre del pueblo genuino,

cálido e intenso, por el otro⁵. Estas palabras de un gran viajero y mitad de mi alma tienen cada vez más actualidad, pero también cada vez más extensión, pues hoy se puede aplicar a todo, en la medida en que la antropología y la pedagogía de nuestros días han claudicado bajo el lema tomar por ahí unas copas. A tomar por... ahí unas copas.

Hace todavía unos meses, a la hora de comenzar mi encuentro sobre logoterapia, pregunté -como suelo- a mis alumnas y alumnos de aquel grupo qué esperaban del curso, y una de ellas me respondió sin inmutarse: Venimos aquí a que nos diviertas. No me extrañó mucho, porque esa respuesta la llevaba en la cara antes de abrir la boca. Por eso hoy, en casi todos los auditorios que aún me quedan, me veo obligado a hacer una fase previa de calistenia, lo que taurinamente se llamaría faena de aliño, antes de que llegue la sangre al ruedo. Ya tan sólo me conformo con calentar un poco aquel mármol que me llegó frío y estereotipado, aunque cada vez me cuesta más trabajo darle el golpe con el cincel para decirle: ¡Pero habla!

Será tal vez por eso por lo que, pese a la edad y los kilos, cada vez quiero viajar más y más de verdad, teniendo siempre en el recuerdo a Emerson: tres deseos hay que jamás serán satisfechos: el del rico que siempre desea más, el del enfermo que siempre desea algo diferente, y el del viajero, que dice: a cualquier parte menos aquí. Lo que ocurre es que uno se va de aquí a cualquier parte y sigue aquí, pues en todas partes cuecen aquí a cualquier hora del día o de la noche.

Visto lo visto, yo pediría a la gente tan sólo que, al menos, no contaminen más todavía cuando viajen, aunque ¿quién le pondrá el cascabel al ser humano, entre el rey de copas y el rey de bastos

⁵ García, V: *Coordenadas andariegas*. Editores Mexicanos Unidos, México, 1964, pp. 7-9.

presidido por el rey de espadas y ausente cualquier vestigio de rey de oros?

VII.

Me temo que estoy chocheando, pues esta sarta de afirmaciones moralizantes que aquí concluye no van a convencer a nadie, precisamente por lo cual voy a cerrar este artículo con una reflexión totalmente impertinente sobre lo bueno y lo malo, teniendo especialmente en cuenta que lo regular ya no lo hay, aunque a la pregunta “¿es usted violador?” aquel sujeto respondió: “regular”.

Si existen dos palabras mayores e inevitables en la historia de la humanidad, ellas son sin la menor duda bueno y malo. Ninguna otra palabra ha nacido, ninguna otra ha vivido, ninguna otra ha peleado con más fragor y estruendo. Cuando la filosofía ha pretendido negarlas no ha sabido hacer otra cosa que reemplazarlas y, al final el pueblo ha dado su espalda a los nihilistas. Individuos y naciones hacemos el mal, pero defendemos el bien y defendemos el bien haciendo el mal, he ahí la victoria del escepticismo. Por algún inconfesable motivo que la psicología trata de explicar, los que tendemos a ser y somos malos nos ponemos la máscara de buenos. En general, los buenos son tildados de tontos, pero los malos acarrearán desgracia. Para los buenos se pide recompensa, para los malos infierno. Ser malo es reprobado y reprobable, pero en ese terreno no son todos los que están, ni están todos los que son.

Que los malos triunfen en este mundo, aunque hagan daño y que gocen como resultado de sus tropelías de eterna beatitud es algo que ni antes ni después de Kant se ha tenido la osadía de defender con la cara alta. En realidad, hasta los malos quieren la felicidad, entendida como lo que es bueno para ellos. Cuando Robinsón encuentra al fin su isla evitando el Covid-19 resultante

del contagio con otros congéneres se encuentra feliz como una perdiz, y en eso en algo parecido al Creador cuando vio que aquello que había creado era bueno.

Bonum faciendum, male vitandum, hacer el bien y evitar el mal constituye la regla áurea del comportamiento humano; incluso cuando el malo malea siente que eso constituye el bien que anhela. No sigo a Sócrates en su afirmación de que sólo el ignorante se equivoca cuando hace el mal, antes al contrario, para el maligno el mal constituye su más preciado bien. Al final, el gato moral siempre cae de pie, porque siempre quiere el bien, aunque sea rebanando la garganta de los otros.

Nunca supe por qué extraña tendencia bueno y malo constituyen el Castor y Polux de la gramática humana, pero entre ellos existe una imantación extraordinariamente profunda sólo comparable con la repulsión que al mismo tiempo sienten entre sí. Cuando exploro mi propio ser bifaz me siento desgarrado y de algún modo Jack el destripador. Quien no siente ese miedo a ser malo (sin neurosis de reactividad) se expone a caer en el abismo del mal.

Todo ello me lleva a sentir bueno-y-malo como algo más íntimo que mi propia intimidad, y sólo un tarado existencial, un sociópata irrefrenable, ha podido postularse como enemigo del bien y del mal y amigo del más allá de bueno y malo. De hecho, la otra parte de su alma se compadecerá del caballo herido y le limpiará solícitamente sus lágrimas con el pañuelo de seda en el que estaban grabadas sus iniciales, B y M, bueno y malo, simul iustus et peccator.

Siento, en definitiva, y de principio a fin, la magnitud del cielo estrellado sobre mi cabeza y la ley moral dentro de mi pecho como los dos ejes de mi existencia que sostienen en vilo la llamada a la infinitud de mi propia alma. Por eso quiero ¡con toda mi alma!

contribuir a la infinitización del prójimo como de mí mismo y me encanta el shema Israel que el judío recita dos veces al día, en el oficio de la mañana y en el de la tarde: “Oye, Israel, el Señor nuestro Dios es Señor Único. ¡Bendito sea un Nombre por siempre jamás! Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma, con todo tu poder, y llevarás muy dentro del corazón todos estos preceptos que yo te doy. Enséñaselos a tus hijos y, cuando estés en tu casa, cuando viajes, cuando te levantes, habla siempre de ellos. Átate los a tus manos para que te sirvan de señal; pónelos en la frente, entre tus ojos; escríbelos en los postes de tu casa y en tus puertas⁶.

⁶ Dt, 6, 4-9.